

El mensaje de las urnas y lo que viene

Está claro que la situación general en nuestro país dista mucho de ser ideal. Y también es evidente que los resultados de las elecciones del último domingo deberían establecer un punto de inflexión en la gestión nacional.

Así, al oficialismo le cabrá de aquí en adelante la responsabilidad de manejar desde las decisiones los destinos –ojalá mejores- de la Patria, mientras que la oposición deberá estar a la altura de las circunstancias y las necesidades sobre todo económicas del país de conseguir acuerdos que marquen ese rumbo, el de necesario y ya impostergable encuentro de coincidencias.

Allí radica la principal falla de la política partidaria argentina, más acostumbrada a los enfrentamientos que a las coincidencias. Sin embargo, el contexto actual amerita precisamente avanzar de manera concreta y seria con las medidas para sortear este peligroso presente que, además, pone en jaque la estructura de los políticos tradicionales ante la aparición de espacios radicalizados que proponen una preocupante perspectiva “antisistema” que podría generar convulsiones sociales con resultados impensados.

Estas posiciones, que creíamos anacrónicas y –equivocadamente- sin posibilidades de éxito, no conocen de acuerdos ni de diálogos como parte de una salida a las crisis; es más, buscan por todos los medios profundizar las diferencias en el marco de un mensaje radicalizado y peligroso para la sociedad.

Los próximos deberán ser, entonces, dos años de labor inteligente, si es que las fuerzas políticas tradicionales pretenden cambiar la historia de crisis de un país metido en una fosa profunda y oscura, aunque lejos de reconocer la peligrosidad de quedarse allí.

La democracia está viva y fuerte, y el ejercicio del voto (aunque con guarismos de participación relativamente bajos) dejó en claro que la ciudadanía mantiene expectativas y da también castigos a los dirigentes. En definitiva, una saludable práctica que todavía está en deuda con la población.

